

EL IMAGINARIO, LA LITERATURA Y LA LITERARIEDAD

LAS DISTINTAS CONCEPCIONES DE LA LITERATURA

Vivimos en una sociedad en la que los textos literarios (novelas, relatos, poemas, prosas de experiencia, de invención, de persuasión varia) están presentes de forma generalizada. Por una parte, continúan gozando de prestigio y se los relaciona con frecuencia, en el sentimiento colectivo de las clases cultas, con la actividad más elevada y noble del hombre. No faltan, empero, los momentos en que a la «literatura» se la considera con recelo y con una actitud ligeramente despreciativa: puede pensarse, por ejemplo, en las veces en que se oye decir, a propósito de un texto escrito o de un discurso, por parte de quienes no lo reconocen como testimonio de un compromiso moral y de una búsqueda concreta de verdad, «pero esto sólo es literatura», o bien «aquí se está haciendo pura literatura».

Rara vez nos preguntamos «¿qué es la literatura?», y rara vez, cuando esa pregunta tiene lugar, recibe una respuesta unívoca. Alguien, con mucha perspicacia, ha sostenido que una demanda tal es inadmisibile. En el sentir común, de hecho, los significados del término «literatura», las concepciones que se han dado en el tiempo, parecen ser numerosas, diversas e irreconciliables.

En la mayor parte de los escritores contemporáneos (ya se les clasifique ideológicamente como conservadores o progresistas, como partidarios, en literatura, de la rebelión vanguardista o nostálgicos del estilo «grande» y sublime) prevalece de un modo muy arraigado una concepción de la literatura clasicista y moralmente comprometida, una preocupación casi angustiada por el fin de todo un mundo de valores, una obstinada cerrazón ante gran parte de los experimentos literarios y de las posiciones críticas contemporáneas.

Dos tendencias contrapuestas

En todos los discursos sobre literatura se representan continuamente dos tendencias contrapuestas: la de quienes defienden su autonomía y su especificidad con respecto a cualquier otra forma de comunicación humana, y la de quienes tienden, en cambio, a relativizar toda idea de literatura y a ponerla en contacto con las distintas formas de comunicación existentes, que pueden variar en función de la época y del contexto cultural.

Desde el siglo XVIII, y con fuerza creciente en los dos siglos posteriores, la tradición crítica ha dado numerosos ejemplos de teorías sobre la literatura que la consideran un conjunto de valores independiente, estéticamente autónomo, capaz de investir de gran dignidad a la empresa humana en el mundo. Gran parte del pensamiento estético moderno ha intentado definir, partiendo de principios diversos, la autonomía de la obra de arte y sus valores intrínsecos. En la Italia de la primera mitad del siglo XX, Benedetto Croce elaboró una teoría refinada sobre la obra de arte e introdujo la distinción entre poesía y literatura: la poesía sería ejemplo de obra autónoma y dotada de valor estético absoluto, mientras que la literatura sería muestra de discurso ameno, refinado, que se expresa según las mejores reglas de la retórica, pero tendente a objetivos inevitablemente prácticos (persuasión, emoción, comunicación de teorías y concepciones del mundo, etc.).

Cuando la tradición crítica de orientación formalista (estilística, estructuralismo) quiso sostener la autonomía y la especificidad de la obra literaria sobre la base de elementos formales y lingüísticos, ideó el concepto de «literariedad» o «poeticidad» (consideradas sinónimos), rasgo propio e intrínseco del lenguaje literario o poético, abstrayéndolo de toda circunstancia biográfica, social e ideológica, y elevándolo a la esfera de los valores estéticos perennes. Según esta concepción, no se debería atender a los textos poéticos por los mensajes morales o las alusiones biográficas e históricas que pudieran contener, sino por la estructura lingüística y estilística interna que los transforma en objetos de valor estético universal.

La formulación clásica pertenece a René Wellek, un crítico de origen praguense que trabajó durante muchos años en Estados Unidos. En «Naturaleza de la literatura», uno de los primeros capítulos del manual *Teoría literaria*, escrito conjuntamente con Austin Warren, comienza preguntándose «¿Qué es literatura? ¿Qué no lo es? ¿Cuál es la naturaleza de la literatura?». Tras haber establecido una serie de cri-

terios para distinguirla de otros tipos de discurso (uso particular de la lengua, carácter fantástico, formas de representación específicas y ausencia de fines prácticos), se pregunta si los conceptos sobre la esencia y la función de la literatura han cambiado a lo largo del tiempo. Ésta es la respuesta:

La lectura de una historia de la estética o de la poética deja la impresión de que la esencia y la función de la literatura, en cuanto cabe exponerlas en amplios términos conceptuales generales, para compararlas y contrastarlas con otros quehaceres y otros valores humanos, no han cambiado fundamentalmente.¹

Más adelante, cuando trata problemas tan delicados como la valoración (que es antes que nada valoración de lo que es o no es literario), afirma:

Hay que valorar, apreciar la literatura por ser lo que es; hay que valorarla, evaluarla en función de su valor literario y según el grado de éste. [...] Lo que determina que una obra de arte sea o no sea literatura no son los elementos de que consta, sino cómo se componen éstos y con qué función. [...] La valoración del poema es la experiencia, la toma de conciencia de las cualidades y relaciones estéticamente valiosas que están estructuralmente presentes en el poema al alcance de todo lector entendido.²

Completamente distinta a la de Wellek, e incluso contrapuesta, es la posición de Terry Eagleton, crítico angloirlandés, profesor en Oxford y autor de un libro que incluye en su título, aunque no sin cierta ironía, la expresión «teoría literaria»:

Desde mi punto de vista resulta más útil considerar la «literatura» como un nombre que la gente da de vez en vez y por diferentes razones a ciertos escritos ubicados dentro del campo de lo que Michel Foucault denominó «prácticas discursivas». Si algo va a ser objeto de estudio, es mejor que lo sea todo el campo de las prácticas en vez de únicamente esas que a veces reciben el nombre oscuro de «literatura». Opongo a las teorías expuestas en este libro no una teoría literaria sino una clase diferente de discurso —llámese «cultura», «prácticas significativas» o cualquier otra cosa— que incluiría los objetos («literatura») de que tratan esas otras teorías, pero transformándolos al colocarlos en un contexto más amplio.³

Muchos otros estudiosos contemporáneos secundan la postura de Eagleton. Y sin embargo, también están muy difundidas las tomas

de posición en favor de la literatura como mundo de valores en sí mismo. De manera que entre los teóricos de la literatura actuales pueden delinearse fácilmente dos puntos de vista contrapuestos.

Quienes están especialmente interesados en defender la autonomía de la experiencia literaria y en separarla de otras formas de expresión y comunicación humana están convencidos de que:

1) La literatura posee características específicas que la distinguen de otras formas de discurso y de comunicación. Algunos formalistas rusos, que se cuentan entre los defensores más coherentes y decididos de la especificidad del lenguaje literario, idearon el concepto de literariedad o poeticidad para subrayar el carácter autónomo y diferenciado del discurso literario. Uno de los más notables entre ellos, Roman Jakobson, en un breve ensayo escrito durante su estancia en Praga, nos ha legado esta definición (que replanteó después en varias ocasiones):

¿Cómo se manifiesta la poeticidad? La poeticidad está presente cuando a la palabra se la siente como tal, y no como simple representación del objeto nombrado, o como un desahogo de las emociones, cuando las palabras y su composición, su significado, su forma exterior e interior adquieren un peso y un valor autónomo en vez de referirse indiferentemente a la realidad.⁴

2) La literatura se distingue por completo del resto de formas de expresión. Asimismo, en el interior mismo de la producción literaria hay que mantener bien diferenciadas las obras pertenecientes a la poesía, o literatura verdadera y propia (alta literatura), caracterizada por una calidad estética y unos valores humanos y cognoscitivos elevados, únicos e intraducibles, de las formas inferiores de expresión literaria (literatura de masas, de consumo, paraliteratura), destinadas a dar respuesta a necesidades superficiales y pasajeras, al consumo de los estratos de público sin preparación.

3) Las obras de la auténtica y gran literatura, a pesar de haber sido creadas por autores concretos y en momentos históricos determinados, y haberse transmitido originariamente en formas y modalidades particulares (comunicación oral, códices manuscritos, imprenta), poseen un carácter universal: se apartan de la contingencia histórica y manifiestan valores e intereses humanos permanentes y eternos. Son monumentos que pueden hablar a todas las generaciones futuras y ser apreciados por las sociedades más diversas.

Quienes tienden, por el contrario, a poner en contacto la literatura con el flujo general de la vida y de la historia y con otras actividades humanas simbólicas y comunicativas, están convencidos de que:

1) La literatura tiene muchas características en común con otras formas de comunicación humana. En particular, en cuanto acto discursivo, comparte con otras formas de discurso (el simplemente comunicativo, el emotivo y expresivo, el meditativo, el persuasivo, etc.) el uso de una lengua natural y la utilización de aquellos artificios y figuras que ya el mundo antiguo ha descrito y clasificado en el ámbito del arte retórica.

2) La literatura es una entre muchas manifestaciones del imaginario humano y posee afinidades con otras formas y otros modos de simbolización y transcripción cultural de la realidad. Se presenta en muchas y muy diversas apariencias, altas y bajas, elitistas y populares. Puede ser traducida y vertida en códigos distintos al del original, usando otros lenguajes, verbales o no. Los productos literarios forman parte de la gran familia de los productos culturales y del imaginario.

3) La atribución de calidad literaria y de valor poético a una obra es un acto que depende de concepciones y actitudes que cambian con el transcurso del tiempo y en las distintas situaciones sociales y culturales. La historia ofrece abundantes ejemplos de obras que durante largos períodos han sido consideradas como pertenecientes a otros campos de la comunicación humana para después, en un momento determinado y por razones históricas precisas, pasar a formar parte de la literatura. El ejemplo más clamoroso nos lo da la Biblia, pensada durante tanto tiempo y por tantas generaciones como texto «teológico» y depósito de verdad religiosa, para después, en etapas de crítica histórica y filológica, ser considerado como un libro histórico que contiene las vicisitudes de un pueblo y los testimonios de la vida de reyes, profetas e incluso la de Jesucristo y sus apóstoles; más recientemente, se la ha considerado un gran texto literario de creación (*fiction*), con sus características formales, sus estrategias representativas y narrativas, sus tramas internas e intertextuales.

Podríamos ejemplificar las posiciones de los que sostienen la relatividad histórica de la experiencia literaria y la imposibilidad de separarla de sus valores con dos libros publicados en 1992: *The Meaning of Literature* ('El significado de la literatura'), de Timothy J. Reiss, y *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, de Pierre Bourdieu. El hermoso libro de Reiss, que es profesor de literatura comparada en la New York University, tiene por objeto demostrar cómo la concep-